

## LA CÓMPLICE

### I

... En París, una tarde apacible y templada de comienzos de la primavera, bajo las arcadas de la calle de Rívoli, en la esquina de la plaza donde se levanta la estatua de Juana de Arco. Son las cinco. La multitud va y viene a lo largo de los escaparates, bazar cosmopolita en torno del cual ondula una mezcla incesantemente renovada de automóviles y coches, de bicicletas y vehículos particulares. Esa multitud es tan varia, tantos rostros se apiñan y se entrecruzan, que el perro policía más astuto no podría perseguir a nadie entre ella. Por eso Julió Beliere había fijado a su amante ese lugar y esa hora. Allí estaba, contra el cristal de una confitería, ocupado, al parecer, en mirar los enormes huevos de colores que anunciaban la proximidad de la Pascua, y, en realidad, mirando en el espejo inmenso donde se reflejaban centenares de siluetas movientes. La impaciencia contraía su cara de hombre hermoso, de rasgos delicados, de dilatadas pupilas oscuras en una tez pálida. Los labios delgados, que sombreaba el oro de un

fino bigote, descubrían unos dientes de admirable blancura. La esbeltez de sus veinticinco años favorecía la elegancia un poco acentuada del traje, propia de un hombre rico y ocioso. Pero un no sé qué de equívoco se desprendía de su fisonomía. Así inmóvil y vigilante, bajo su tipo de paseante desocupado, aparecía el aventurero con una evidencia que se hizo más marcada cuando Beliere advirtió en la luna que la persona esperada se acercaba. Un temblor le agitó los labios. Se volvió, y antes de que la joven que iba hacia él llegara, sus ojos arrojaron sobre la multitud una mirada circular, cuya cruel inquietud no se parecía probablemente al recelo del amante que teme una indiscreta curiosidad, y su primera frase no revelaba tampoco ninguna emoción tierna hacia la mujer, que llegaba retrasada.

— ¡Hace veinte minutos que te espero, Adela... ¿Y los *polis*?... Ya sabes lo que te he dicho. Si alguna vez me *enchironan*, tú irás delante... Conmigo no se juega.

Había pronunciado estas palabras del *argot* de los ladrones, que por sí solas delataban su profesión, con voz sorda y fría. Los amantes comenzaron a caminar uno al lado del otro sin más palabras de afecto.

— Yo no puedo estar de criada—respondió Adela—, e ir y venir a mi antojo. Mi señora me ha llamado cuando salía... ¿Quieres que ella sospeche?... Además, si crees que tengo miedo de ti, te equivocas. Es el noveno golpe que preparo por vosotros. Si después de triunfar en todos me vas a tratar como una esclava... es ya demasiado. Te lo repito, es demasiado...

La desgraciada se había exaltado al hablar de esta manera. Sus voces y las vehemencias de su gesto atemorizaron, sin duda, al bandido.

— ¡Qué chiquilla eres, amor mío!...—dijo él cáli-

damente. El semblante se le había transformado como la voz. Ahora emanaba de él un encanto que explicaba claramente aquella horrible esclavitud de la cómplice. Las delicadas facciones de Adela, la distinción de su porte, desmentían bien alto el innoble papel que desempeñaba. Era el último capítulo de una trágica novela aquella degradación; y de una novela que afectaba hasta lo más íntimo el corazón de la pobre mujer, porque el cambio de tono de su temible compañero la hizo estremecer.

— He tenido un momento de arrebato—continuó Beliere—, pero te quiero... He visto que te había ofendido y mi cólera pasó... Mas ¿no comprendes que si me atemoriza que me detengan ahora es por ti?... ¿Has olvidado nuestro proyecto de irnos los dos tan pronto como podamos... lejos, bien lejos?... ¿No recuerdas lo que te he dicho de mis sufrimientos, ni de qué manera estoy atado a esta horrible vida?... ¿Qué palabras has empleado, Adela mía, para castigar un momento de obcecación en mí! ¡Dime que lo sientes... dímelo!

Y como la joven permaneciera callada, le cogió la mano, que estrechó suavemente, infundiéndole así la sugestión de su voluntad. Con ese instinto de hombre que sabe hacerse amar, comprendió que aquel pobre ser, en el cual hacía algún tiempo que sentía despertarse, agitarse, la conciencia, sería siempre suyo. ¡Le había amado tanto! ¡Había exigido de ella y obtenido tantos sacrificios, desde el abandono del hogar hasta aquella complicidad para sus crímenes! Adela había tenido la juventud que revelaba su linda y delicada fisonomía: era la hija de unos burgueses de honorabilidad intachable. Su padre había muerto de subjefe en un ministerio, y ella se había casado con un comerciante, un tal Barón, que tenía un almacén de tejidos en la calle Bertin Poirée. Digamos,

no para excusar, sino para explicar las aberraciones de su destino, que el marido de Adela la había tratado brutalmente; que ella no había sido madre, y que no había sospechado tampoco el verdadero oficio de Julio Beliere oficialmente, a la sazón, modesto empleado en un Banco. La casualidad de una visita al campo, a casa de amigos comunes, les había hecho conocerse. Él había contado a la joven una historia con visos de verdad: su contrariada vocación de artista. Ella terminó por ser su querida. Una denuncia anónima que Adela jamás debía saber emanara del mismo Julio, advirtió al marido, que expulsó a la mujer. Ocho días más tarde Julio la anunciaba que había cometido una substracción de fondos y que había perdido su plaza. Según decía, robó para ella. ¡Y ella lo creyó! En realidad, el malvado formaba parte desde entonces de una banda de malhechores que necesitaban cómplices femeninos para operar de modo más firme.

Se tendrá una idea de la naturaleza de esa complicidad cuando se sepa que el «golpe» a que aludiera él en aquella conversación de los dos amantes era el siguiente: Adela había sido colocada por una agencia en casa de una americana en calidad de doncella, bajo nombre supuesto, con documentos hurtados a una verdadera sirvienta. La cita acordada bajo los arcos de la calle de Rívoli tenía por objeto suministrar a Beliere, alias el *Elegante*, una indicación definitiva para el robo del cofre de joyas de aquella señora. ¡Hasta ese punto había descendido Adela en dos años! ¿Qué tiene, pues, de asombroso que el indigno amante que así la envileciera creyese en su soberano dominio sobre tan débil corazón?... Por eso una sonrisa de triunfo asomaba a sus labios malditos, mientras ella respondía:

— Soy yo quien te quiere, Julio. Has abusado mu-

cho de mis sentimientos para no conocerlos. ¡Te quejas de ser esclavo de tu vida! ¿Qué es lo que nos impide marcharnos desde ahora? Veinte veces te lo he propuesto. Vámonos a los Estados Unidos. Nadie sabrá quiénes somos. Tú trabajarás y yo también...

— Es imposible—interrumpió él—, al menos en este momento, y bien lo sabes tú...

— Entonces, ¿cuándo?—imploró ella.

— Cuando esté hecha nuestra fortuna—replicó él áspidamente—. Esta noche quizá puede hacerse si ese asunto de las joyas de la señora Rísley se lleva a cabo. ¿Has probado en la cerradura de la caja las dobles llaves que hicimos fabricar?

— Las he probado—respondió ella.

— ¿Y estás segura de que el collar de perlas está allí, y que no se le pondrá esta noche?

— Estoy segura. Cena en Neuilly, según te escribí, en casa de su antigua institutriz, y me lleva con ella. Saldremos a las siete. Eso es lo que venía a decirte. No regresaremos antes de las doce. El momento oportuno son las ocho, las ocho y cuarto...

— Comprendo—replicó el *Elegante*—. A las ocho llego a la puerta del Hotel Beausite que da a la calle Saint-Honoré. Si se me pregunta dónde voy, doy el nombre de la señora Rísley. Me dicen que está en la sucursal, calle de Rívoli. Tomo el patio interior, el primer pasillo a la derecha. Subo dos pisos. Llego a la puerta del 67. No está cerrada. Hay una antesa- la y un gabinete. El cofre de las joyas está en el armario del dormitorio. Tú has puesto la llave bajo la colcha. ¿Está bien todo?...

— Todo está bien—respondió ella. Y temblando añadió:—Prométeme... que si encuentras a alguien, por ejemplo, una de las muchachas del hotel, te irás... Tú encontrarás una explicación... No...—Y más bajo:

—No soportaría haberme mezclado en un asesinato... ¡Me pesa tanto lo demás!...

— Estáte tranquila—respondió el bandido con siniestra naturalidad—. No te expondrás a ser guillotina por este caso. Todo se deslizará suavemente. Es nuestro sistema... Y, por otra parte, aun suponiendo que nos viéramos obligados a librarnos de alguien mi *socio* o yo, no lo haríamos más que para defendernos, y en todo caso, y en todo, nos haríamos cortar el pescuezo sin nombrarte, de la misma manera que tú no me nombrarías a mí si te cogieran. ¿Tú me delatarías a mí? Responde...

— Nunca—dijo ella mirándole con una expresión en que se leía la fidelidad en el peligro, único honor de los cómplices de infamia. Beliere pareció experimentar un alivio ante esa protesta de tal modo provocada. Luego, pensando que la prolongación de la entrevista no conduciría más que a despertar nuevos e inútiles escrúpulos en una mujer ya cansada de su esclavitud, la abandonó súbitamente.

— Veo en el rincón de la plaza dos golfos... Cuando demos el *golpe*, es preciso que abras bien el ojo... Pero se hará todo como se debe... Y éste es el último negocio... Vamos, Adela mía, un beso y ánimo...

Mientras hablaba de este modo la había arrastrado hacia la iglesia de San Roque por la desierta callejuela que rodea el coro. La cogió en los brazos, estrechándola fuertemente. Sus labios se unieron. Aquella caricia de dos segundos bastó para que la joven, al volver a la calle de Saint-Honoré, sintiese correr por la carne el veneno de pasión que desde hacía dos mortales años la había convertido en un objeto de aquel apache elegante, tan cruel, tan vil bajo su apariencia de hijo de buena familia, como los rufianes del arrabal, con sus amplias gorras, sus tufos y sus chaquetillas sobre pantalones bombachos.

II

... Apenas había entrado la cómplice en el Hotel Beausite, y aun no se había quitado el sombrero, cuando oyó sonar el timbre que comunicaba su cuarto con el aposento de su señora.

— No son más que las cinco y tres cuartos—se dijo ella apresurándose—. La señora no quería vestirse hasta las seis y media. Con tal que no haya cambiado de parecer... ¡Dios mío!...

Con el corazón oprimido por la ansiedad, se dirigió la pseudo-camarera al saloncito donde esperaba la señora a quien ella no servía sino para robarla. La señora Edith Risley estaba tendida sobre una *chaise-longue* en la vulgar habitación de hotel que su permanencia de un invierno había convertido en una especie de hogar. Todas las cosas que la rodeaban llevaban la huella de su encantadora personalidad, encanto que hubiera bastado para explicar por qué la cómplice de Beliere había vacilado tantas semanas. Edith era de esas americanas que parecen poner en el refinamiento esa voluntad que los hombres de su país ponen en la conquista de la fortuna. En aquel salón no había más que telas antiguas sobre los muebles y figulinas de diversos estilos sobre las mesas. Unas orquídeas se desparramaban en sus búcaros. Dos cuadros: uno de Maes, representando una chiqueta comiendo un barquillo cerca de un gato; el otro, un alabardero del Bronzino, estaban colocados en sendos caballetes. La dueña de aquel hogar improvisado los disputó a fuerza de cheques en una subasta famosa, días antes. Libros ingleses y alemanes, italianos y franceses se amontonaban en la biblio-

teca. Era otra señal del cosmopolitismo de aquella exquisita criatura, cuya delicada belleza estaba como devorada por un exceso de inteligencia y de sensibilidad. Edith Rísley era muy rubia, de un rubio pálido y ceniciento. Tenía los ojos de un moreno claro y la tez de flor, una tez suave apenas coloreada. En el momento en que la doncella entró, semejava, con la bata de blanda seda malva y encajes, la esbeltez, los brazos frágiles saliendo del vaporoso volante de las mangas, las manos de afilados dedos y los pies menudos, una infanta del Museo del Prado. Aunque se haya ridiculizado mucho, y con razón, a los americanos su *snobismo* atávico, no es menos cierto que un gran número entre ellos sienten atavismos poco democráticos. Por su familia, Edith era una Van Alstyn. Descendía de un emigrado, que llegó de los Países Bajos en el siglo xvii y que pasaba por ser el bastardo de uno de los últimos gobernadores españoles. Los amigos de Edith, que tenían todos, como clásicos millonarios yanquis, galerías rebosantes de obras maestras más o menos auténticas, la llamaban corrientemente la *Velázquez*. Ella era sobre todo, a pesar de las satisfacciones de una existencia llena de recursos, o quizá debido a ello, una de esas mujeres, como hay tantas en Ultramar, que quieren que todas las personas que las rodean estén tan animadas, tan satisfechas como ellas mismas: hasta tal punto son profunda, íntimamente *kind*. La palabra es intraducible. Significa una bondad, una benevolencia más bien, siempre despierta, siempre activa, que de las cosas importantes pasa a las pequeñas, que no se permite ni un gesto demasiado vivo, ni un tono de voz brusco y que en todo pone una atmósfera de dulzura. Aquella bondad de corazón había sido, ¡oh ironía!, la causa de que mistress Rísley hubiese tomado a su servicio a la amante del apache. Su don-

cella habitual, una alemana que estaba con ella hacía diez años, había sido llamada por telégrafo cerca de su madre enferma. Mistress Rísley, para darle la libertad de una licencia ilimitada, buscó algo precipitadamente quien la reemplazara. Adela se presentó con el nombre de Aurelia Brissaud, con papeles falsos. La americana la tomó al primer golpe de vista.

— Yo creo en la simpatía o la antipatía—decía—, y cedo ante ello ciegamente.

Pronto haría tres meses que aquel servicio comenzó, y de tal manera supo agradar la sirvienta a mistress Rísley, que ésta proyectaba llevársela a América con la otra a quien dejaba que continuase ahora con su familia. Esa era una de las dos causas de la prolongación de su estancia; la subasta en que había comprado los dos lienzos había sido la otra. ¡Y ved lo que es aún de una ironía más fuerte! Durante los últimos quince días, un escrúpulo atormentaba a esa mujer encantadora hasta el punto de impresionarla cada vez que veía a la falsa Aurelia. ¡Cómo la pediría, sin ofenderla, que aceptase el puesto de segunda, después de haber llenado las funciones de primera tan cumplidamente? La alemana anunciaba su próximo regreso, y mistress Rísley no se había decidido aún a plantear esta cuestión a la substituta. ¡Tan querida de ella se creía! Y no se engañaba del todo. Si el odioso Julio Beliere había observado en su cómplice un secreto cambio hacía algunas semanas, influía mucho en él una irresistible gratitud de Adela hacia su ama. Si en ese tiempo ideaba siempre nuevos pretextos para retardar el momento del «golpe» proyectado, era que el proceder cada vez más cariñoso, cada vez más dulce de la americana, iba despertando sin cesar nuevos remordimientos en la conciencia de la pobre burguesa,

convertida en perro de caza de una partida de ladrones. Esos remordimientos no habían sido bastante poderosos para dominar el funesto amor que la ligaba al bandido, puesto que se había decidido al fin a prepararlo todo para el asalto de aquella noche. Lo había hecho durante las últimas veinticuatro horas en un estado verdaderamente febril, bajo la amenaza de Beliere, que le había dicho:

— Voy a alquilar una habitación en el hotel. Será lo más seguro.

El brillo de su mirada fué tan intenso, que Adela tuvo miedo. Ya se ha visto de qué manera creyó poderse arreglar para que su señora estuviese lejos mientras el robo se verificaba. Al menos, había querido asegurarla contra otro peligro. Al sonar el timbre, tuvo el presentimiento de que su propósito iba a malograrse. Cuál no sería, pues, su espanto, cuando al llegar al salón fué acogida con estas palabras:

— No saldré esta tarde, Aurelia. La señora de Renaud (era el nombre de la vieja institutriz en casa de quien Edith había pasado dos años cuando tenía catorce), la señora de Renaud me telegrafía que está enferma. Yo también tengo un poco de jaqueca... Cenaré en mi salón, como de costumbre...

Al pronto Adela no respondió. Una visión acababa de surgir ante ella: la puerta que comunicaba con la habitación contigua entreabriéndose, y el ladrón entrando persuadido de que la estancia se hallaba vacía. Mistress Rísley oiría ruido e iría a ver. ¿Y entonces?... Entonces, o bien ella tenía tiempo de llamar y Julio estaba perdido, o bien... o bien... él mataría... Dentro de dos horas esa visión sería una realidad. El corazón de la sirvienta se angustió de tal modo, que palideció y comenzó a temblar. La señora, a quien ya habían sorprendido su extraordinaria in-

movilidad y su silencio, no pudo dejar de notar esa palidez.

— Pero ¿qué tiene usted, Aurelia? — preguntó —. ¿Se diría que está usted enferma...

Se había levantado de la *chaise-longue* para dirigirse hacia Adela, que la detuvo con un gesto.

— No es nada, señora. Un ligero mareo, pero ya ha pasado.

— Hace ya varios días que noto en usted algo especial — continuó mistress Rísley —. ¿Hay algo que le desagrade en mi servicio? — insistió con aquella voz amiga que tan natural le era y que parecía una caricia suave y tímida. Se hubiese dicho que temía molestar a aquellos a quienes hablaba de ese modo, y añadió: — Eso me contraría. Yo estaba tan contenta de usted, que pensaba estos días hacerle una proposición. Usted me ha dicho que sus padres no tienen más hijos que usted y su hermana. ¿Cree usted que se opondrían a dejarla ir a América?...

— ¿A América? — repitió la cómplice de Julio Beliere—. ¿La señora querría...?

— ¿Llevarla conmigo? Sí. — Y ruborizada: — Hay para ello una ligera dificultad, y es lo que me ha hecho vacilar tanto antes de hablarla. Contésteme francamente: ¿Usted está bien segura de que yo no querría ofenderla por nada del mundo?...

— ¡Oh, señora!... — contestó Adela —. La señora ha sido siempre para mí tan buena y tan indulgente...

— Como usted merece — respondió ella —. ¿Qué habría sido de mí sin usted en estos meses? — Y más turbada aún y más tímida: — Pero usted debe comprender que no se ha vivido varios años con una criada sin aficionarse a ella, y yo no puedo abandonar a mi vieja Muller... que va a volver, según la carta que de ella he recibido anteayer... Es cierto

que comienza a ser realmente vieja y que necesitaría alguien que la ayudase... Para usted es un poco depresivo ser segunda... Pero si yo le ofreciese, sin embargo, este puesto en mi casa con la misma soldada y con la promesa de que un día sucedería a la Muller, ¿aceptaría usted?

Había, en la especie de súplica con que aquella mujer tan rica formulaba esa oferta a un inferior, una ternura que impresionaba sobremanera. Emanaba de ella una bondad tan intensa, que aquello tan insignificante, un poco infantil, adquiría una verdadera nobleza. ¡Era una caridad humilde, pero que revelaba tan ricos tesoros de sensibilidad, tan humano modo de comprender y practicar las relaciones con los desheredados de la fortuna!

Adela, que tanto había sufrido durante dos años las brutalidades del mundo encanallado en que la hacía vivir su relación indigna, experimentó de nuevo la emoción que tan a menudo sentía desde que se movía en el ambiente de aquel alma encantadora: la horrible vergüenza de engañarla, y esa vergüenza se unía en aquel momento a una exaltación de remordimiento más intolerable todavía. El contraste entre aquella proposición y las palabras recientes del amante era demasiado fuerte. Miraba casi enajenada aquel ser tan delicado, tan bueno, tan tierno, que dentro de breves instantes, y por traición suya, iba a ser víctima de una horrorosa emboscada. ¿Quién sabía si de un asesinato? Y balbuceó incoherentes algunas frases:

— La señora es tan buena... Yo agradezco a la señora el cariño que me tiene... La señora comprenderá también que yo no puedo responder inmediatamente... El servicio de la señora ha sido siempre tan fácil... ¿Cómo puede pensar la señora que yo me he de ofender porque no quiera sacrificar su antigua

doncella por una nueva?... Primera o segunda, junto a la señora yo estaría siempre bien... pero...

— Pero usted no quiere decidirse sin consultar antes con sus padres... — agregó mistress Rísley —. No me parece mal eso. Lo que me parece mal, en cambio — añadió —, es que tenga misterios conmigo, como ahora... — E insistió, con una sonrisa afectuosamente maliciosa sobre un gesto que su interlocutora no había podido reprimir—. Sí, era hoy el santo de su madre, Santa Emilia... — Adela apenas se acordaba de haber dado ese nombre a su madre imaginaria al hablar con mistress Rísley—. ¿Por qué no me lo ha recordado usted? Yo le hubiera dado inmediatamente permiso para ir a pasar la tarde con los suyos... Vamos, no esté triste. Todavía tiene usted tiempo, si sale en seguida, para ir a cenar a casa de su hermana... De aquí a Grenelle no hay mucha distancia, y yo no la necesito antes de las once. Dígame tan sólo que está usted contenta...

— ¡Oh!, señora, muy contenta... — La sirvienta pronunció estas palabras de gratitud con voz tan apagada, que apenas pudo oírlas el ama, y corrió apresuradamente al salón para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos.

— ¡Qué sensibles son estas hijas del pueblo! — se dijo mistress Rísley cuando quedó sola—. He adivinado. Era la idea de esta fiesta, pasada así, lo que la tenía triste. ¡Qué suerte haber mirado el calendario y fijarme en el santo del día!...

III

... Habían pasado dos horas, iban a ser las ocho, y Adela Barón seguía en su cuarto, sentada en la silla en que se dejó caer al salir de aquella conversación. Sí, las dos horas pasaron, sin que ella se diese cuenta, en la agitación de mil sentimientos contradictorios: la apasionada gratitud de un corazón que vale más que su vida y que por primera vez ha sido tratado como siempre hubiese deseado merecerlo; el fuego de un amor acrecentado más aún por la complicidad en el crimen y por el común envilecimiento; el terror del hecho que se acercaba y la fiebre de la incertidumbre... ¿Qué hacer? ¿Dónde encontrar ahora a Julio? ¿Ir a esperarle a la acera, delante del hotel, para impedir que entrase, advirtiéndole que el propósito de mistress Rísley había cambiado? Ese había sido el primer pensamiento de Adela; pero el perfil del *Elegante* se había dibujado en su espíritu, duro, desconfiado, con aquella mirada fría cargada de amenazas. No la creería. Querría seguir adelante, subir, cerciorarse por sí mismo... ¿Intentaría detenerle? También había entrevisto esta escena: Julio rechazándola, pegándola quizá; los transeuntes aglomerados, un guardia interponiéndose y la detención después. Y hasta la medula se le heló en los huesos ante la idea del arresto, sabiendo que la policía estaba prevenida por las fechorías de su banda. No. No. Ese medio no era posible... ¿Y si ella permaneciera en el hotel acechando en el pasillo la llegada del malhechor? Una disputa entre los dos allí sería imposible, porque infinidad de personas atravesaban los corredores.

— Sí — se dijo —, es lo mejor.

Y en seguida otro temor la sobrecogió; no ya las violencias de su amante, sino su propia debilidad. Otra imagen había surgido en su cerebro: la de aquel amante, no cruel, no amenazador, sino tierno. ¿Y si él la pedía que le recibiera en su cuarto, que le ocultara para intentar después por la noche el robo proyectado? ¿Y si exigía de ella, estando allí, tan a la mano, que robase las perlas ella misma? Él se llevaría el botín, aun cuando ella no hubiese obrado voluntariamente. Sí. Pero ¿y cometer semejante acción, ella misma, con una persona que acababa nuevamente de manifestarle tan afectuosa solicitud?... ¡No, no y no!... ¿Y entonces? Adela, acodada en la mesa, con la cabeza entre las manos, se abismaba en esa aterradora meditación, cuando, al dar las ocho el reloj de la chimenea, se levantó rápidamente. Ya no eran posibles más dilaciones. De un minuto a otro Julio podía estar allí.

En esa crisis de suprema angustia, una idea en la cual la infortunada no pensó, se presentó súbitamente en su espíritu y al momento las secretas fuerzas de su alma desgraciada se lanzaron hacia ese proyecto, que no era más que su emoción profunda de antes hecha acto. ¿Cómo no había pensado en ello desde el primer instante?... Era a mistress Rísley, sí, a mistress Rísley a quien era preciso decírselo todo, suplicándola que no denunciase el atentado de que iba a ser víctima y del que sería salvada definitivamente. ¡Era ella tan generosa, que no querría hacer prender a la cómplice de Julio Beliere después de esa confesión, ni a Julio tampoco, puesto que la denuncia del bandido suponía la de la encubridor!... Pero ¡qué vergüenza hablar y referir a aquella bienhechora el detalle de la infame maquinación que había hecho de ella una criada!... Y ¡para qué!... Du-

rante un minuto esa impresión fué la más fuerte, y Adela dijo:

— No, no— como había dicho en sus anteriores proyectos... Inmediatamente respondió con un — Sí— emitido en voz alta. El antiguo corazón de la burguesa, educada para ser una honrada mujer, se había despertado y encontraba en aquel exceso de humillación el sufrimiento expiatorio que llega a ser una necesidad casi fisiológica cuando hemos dejado de estimarnos...

— ¡Qué terrible me será!... — gimió otra vez; y otra vez en voz alta: — ¡Tanto mejor!... — Presurosa se precipitó fuera de su cuarto. Corría para no darse tiempo de reflexionar... Ya había golpeado en la puerta del salón. ¡Dios mío! ¡Qué daño le hizo la dulcísima voz que respondió «¡Entre!» Mistress Rísley seguía tendida en la *chaise-longue*. Junto a ella, en una mesa auxiliar, se veían los restos de su frugal comida: una sopera de plata con un poco de caldo y unas uvas sobre una bandeja... Al ver a su sirvienta tan agitada, lanzó un pequeño grito de sorpresa.

— ¿Ya está usted de vuelta, Aurelia?... ¿Qué pasa?

— Pasa que la he engañado, señorita; que yo no soy una criada, que yo no me llamo Aurelia, que yo soy la amante de un ladrón que quizá dentro de cinco minutos entrará aquí... Pasa que yo no puedo soportar la idea de que esto ocurra después de que me ha tratado usted tan delicadamente, tan generosamente hace un momento... ¡Ah!, no llame... — Mistress Rísley se había levantado, en efecto, mientras Adela hablaba—. Usted no tiene nada que temer de mí, bien lo ve... Y en cuanto a él... no he podido impedirlo... no ha sido posible. Cierre solamente las puertas con llave, con cerrojo por dentro... Si quiere entrar, tendrá que apoyarse en el montante... Usted hablará, él sabrá que usted no ha salido... y se irá.

Si no se va, entonces escapará usted por la otra habitación y buscará auxilio... Espere, déjeme a mí...

Rápidamente, siguiendo la acción a las palabras, Adela corrió hacia la puerta de la antesala. Dió dos vueltas a la llave y corrió el cerrojo. Con no menos rapidez pasó al dormitorio y realizó la misma operación. Una puerta del cuarto de baño contiguo, daba a la escalera de servicio. También echó el cerrojo en ella. En seguida volvió al lado de la americana, que permanecía paralizada de sorpresa ante aquella escena de una significación espantosa en su silenciosa prontitud. Así estaban las dos mujeres, una junto a otra, y antes de que se hubiesen repuesto de su respectiva turbación para volver a hablar, un rumor que llegó de la antesala las sobresaltó profundamente. Una mano hizo girar el picaporte de la puerta. La resistencia inesperada de la cerradura asombró al malhechor, que sacudió la hoja, pero con presión débil todavía.

— ¡Hable, señora, hable!... — suplicó Adela en voz baja.

— ¿Quién está ahí?— gritó mistress Rísley. Su voz ya no temblaba. Volvía a ser la hija de una raza enérgica en presencia de un peligro real—. ¿Quién está ahí?— repitió más alto. Y saliendo del salón hacia la puerta: — Si no me responde, llamo...

Al amenazar de este modo aplicó el oído y percibió claramente el aliento que traicionaba la palpitación del bandido. Tuvo el valor de poner ella misma la mano sobre el picaporte y hacerle girar como si se dispusiera a abrir. Un ruido de pasos que se apagaban sobre la alfombra la reveló que el hombre se alejaba.

— Ya marchó — dijo —. Voy a llamar ahora y a prevenir de que alguien ha querido entrar en la habitación, para que se coloque un vigilante esta noche en el corredor... Y usted— añadió, cogiendo la mano

de su compañera—quiero que no me abandone ya. Es necesario que me cuente su vida. Quiero saberlo todo, todo...

#### IV

... Al día siguiente de esta aventura, mistress Rísley se despertó tarde. Se había dormido a eso de las cuatro de la madrugada, después de una larga conversación con la desgraciada mujer a quien debía no haber sido asesinada por el ladrón. La confesión de Adela, hecha entre sollozos, la había enternecido hasta tal punto, que le había dicho, arrebatada por esa piedad tan natural de las almas generosas:

— Usted me ha salvado de ese hombre y yo la salvaré a mi vez. Me quedo con usted y nos iremos a América. Usted tomará otro nombre. Él no la seguirá y usted rehará su vida.

Adela respondió a ese ofrecimiento con lágrimas que vertió de rodillas, y besando la mano de la que representaba en el abismo de su vida una salvación inesperada, única, sobrenatural. Quedó convenido que ella continuaría a su servicio, sin salir más del hotel hasta que llegase la sirvienta alemana, y entonces marcharía delante a Liverpool para esperar a mistress Rísley.

¡Cálculése el asombro de ésta cuando, al despear, oprimió tres veces, en vano, el timbre que comunicaba con el dormitorio de Adela! Se decidió por fin a llamar a la que hacía el servicio del piso, la cual fué a enterarse de por qué la otra no había respondido, y volvió diciendo que la habitación estaba vacía y sobre la mesa había hallado una carta a nombre de mistress Rísley. ¿Una carta? No. Algunas líneas trazadas febrilmente:

«Señora, perdóneme. Siento que no puedo abandonar a ese hombre. Siento que no puedo vivir sin él. Ayer pude obrar como obré porque usted me había tocado en el corazón. Ahora, casi lo siento, por miedo a que él me quiera menos después. Ya ve usted que yo no soy lo que usted cree. Yo no soy buena. Yo soy y seré lo que él quiera que sea. Es mi destino. Intentando concebir una nueva existencia lejos de él, he experimentado el frío de la muerte. Adiós, señora. Le suplico que me haga meter mis cosas en la maleta y depositarla a nombre de Aurelia en la portería. Yo sé que usted no intentará ni detenerme, ni seguirme cuando vaya a buscarla. Si quisiera meter en ella su retrato, sería usted, una vez más, buenísima para esta su servidora agradecida, pero que no puede enmendarse,

*Adela.»*

Esta anécdota, donde los observadores de la naturaleza humana encontrarán un caso extraño, como tantos otros, de los inexplicables rodeos del corazón, tiene su epílogo: Mistress Rísley mandó hacer desde luego la maleta. Metió en ella su retrato y, en un sobre, cinco billetes de mil francos. Quienes la conocen la reconocerán en ese rasgo. Pero ¿conocerían a la cómplice de los ladrones, a la querida de un apache profesional en este otro?... Adela devolvió los cinco mil francos bajo el mismo sobre. Este desinterés en tal abyección y tan gustosamente hecho, pues no pudo salir de nadie más que de ella, se armoniza muy bien, sin embargo, con el remordimiento que le hizo intolerable un atentado cometido contra su bienhechora. Es la ocasión de repetir con Moliere:

«¿Dónde diablos ha ido a esconderse la delicadeza!»